



La tarde del domingo se apodera del ambiente, haciendo perezosas a las gentes. Tranquilas digestiones con sabor a café y humo de puro preludian siestas largas, sin prisas; siestas a las que un invierno que, por poco resulta permanente, ha venido habituando a las familias.

Pero, hoy no puede ser así, porque hoy, por fin, «hace sol». Los chiquillos están inquietos, porque se les ha prometido que «iremos a pasear».

—¿Cuándo salimos?

—En seguida. Cuando la amacho termine de fregar. ¡Hala!, ir bajando el coche del pequeño.

Y desde la escalera:

—¡Amáaaa...!, la merienda...

La amacho, como todas las amachos, es la última en bajar. De prisa y terminándose de «arreglar» por la escalera.

Surge la pregunta mutua: ¿A dónde vamos? Pero el dilema deja de serlo en cuanto uno cualquiera dice: Pues..., para Zentolen.

La verdad es que, además, el recorrido es precioso. Sobre todo, a partir del depósito de aguas. Desde allí donde después de subir el empinado repecho que obligó a las pudorosas monjas a elevar un muro más alto que su campanario para conservar íntegra la clausura, el horizonte, al ensancharse, permite descansar la mirada en un amplio paisaje desde la Peña de Aya hasta la bahía de Pasajes. Desde allí las gentes caminan más despacio. Tan despacio que los grupos y las tertulias resultan ineludibles.

—¡Chica, tanto tiempo sin vernos! A ver el chiquitín. ¡Huy, que rico está...! —(Qué fácil crecen en casa de los demás).

—Nosotros como siempre. Sí, la po-

El paseo en familia

bre amona, ¡ya sabes! ¿Pachi?, de exámenes en Valladolid. No sé lo que nos traerá.

Y más adelante, los hombres.

—¿Te has fijado en el panorama que presenta desde aquí Oyarzun? Es estupendo.

—Si es que somos bobos. Nos vamos por ahí a ver cosas y lo de casa, que es de lo mejor, ni lo miramos. Estamos buenos para mercado común y explotación del turismo. Oye, a la noche dan la final del Madrid en diferido.

Una chavala se cuela de repente en el prado. Quiere hacer un ramo de margaritas.

—¡Ixiar...! No pises la hierba, que te reñirá el casero.

Pero el etxe-jaun de Lecumberri —que ya hizo su siesta—, sonríe. Hoy no tiene ganas de reñir. También para él es domingo y no le disgustan las niñas que arrancan flores. Si fueran cerezas o manzanas sería otra cosa.

Allí delante están los chopos. Los catorce árboles en ringlera, altos, enhiestos y lozanos. Y pensar que hace muchos años nos parecían ya viejos. Hoy se han convertido casi en un símbolo, en algo así como una bandera del paisaje renteriano. Que ¿cómo sé su número exacto?; porque por porfiar que eran quince me ganó Juancho una apuesta de canicas hace, ¡Jesús! cuánto tiempo.

—¿De retirada tan pronto?

—Sí. El niño, le toca la hora. ¿Estáis bien? Me alegro.

En Zentolen les contamos a los crios la «bolilla» que no sé quién inventaría, pero que todos la hemos hecho nuestra: «En este patatal, que antes no lo era, solíamos jugar al fútbol cuando veníamos con los frailes, pero muchas veces nos teníamos que retirar, cuando la mujer del aviador nos

avisaba de que su marido iba a aterrizar con la avioneta.» Y la verdad es que donde llegamos a ver aquella avioneta fue en la carpintería de Enrique «Okerra», convertida en papilla después de un desgraciado aterrizaje que tuvo lugar en otro campo, ya que en Zentolen era imposible.

—Aprovechando el buen tiempo, ¿eh?

—Sí; ya era hora.

—¿Se puso bien la madre? Dale recuerdos. A ver cuando la vemos en la calle.

Toda la tarde es un continuo rosario de conversaciones al paso. Saludos y respuestas intrascendentes, sin alcance, pero cariñosos y repletos de afectos humanos. Es hermoso comprobar que no se vive solo y que los demás se interesan por uno. Es hermoso y hace bien.

El regreso lo aceleran la cuesta abajo y el deseo de los padres de «dar una vuelta para ver los resultados». Ya se ven algunas luces encendidas para cuando se llegan a percibir, claros, los «chin - chin» y «patachunes» de la gramola de la Alameda. Los crios se han puesto de un pelma subido.

—¡Amáaaa...! Ahora una coca-cola.

—No, que te enfriará la tripa como la otra vez. En casa ya hay limonada.

—Pero, ¡amáaaa...!

—He dicho que a casita y... basta.

A veces, muy a menudo, es un cachete el que rubrica la tarde de paseo; la tarde de domingo primaveral que pasó fugaz, sin historia, sin dejar rastro podría decirse, si no fuera porque los recuerdos de las cosas chiquitas que pasaron en muchas tardes iguales, todas juntas, no nos hicieran comprender que fueron tardes felices y no aburridas, como se las cataloga.

BONI

